

JESÚS VALERO

EL ECO DE LAS SOMBRA

Un enigma oculto que se hace más peligroso
a través de los siglos



La misteriosa reliquia que la restauradora de arte Marta Arbide entregó al Vaticano ha sido robada. Cuando recibe la noticia de que debe ser ella quien encabece la investigación para recuperarla, siente que la aventura y el misterio que la pusieron al límite en *La luz invisible* no han hecho más que comenzar. Y así es: el mismo día que Marta llega a Roma para comenzar sus pesquisas, el Papa es asesinado.

Este será el arranque una frenética sucesión de intrigas y peligros que parecen estar relacionados con una enigmática orden, la Hermandad Blanca, fundada en tiempos de Inocencio III. De este modo, el lector volverá a viajar al siglo XIII de la mano de Jean de la Croix y el caballero negro, que en esta ocasión tendrán que batallar contra un poderoso enemigo que lucha por hacerse con la reliquia.

Tras el éxito de *La luz invisible*, Jesús Valero vuelve a llevarnos por oscuros caminos, siniestros monasterios y antiguos castillos, a través de una fascinante trama desarrollada en tres tiempos —el siglo VIII, el siglo XIII y la actualidad—, siempre tras la pista de la extraña reliquia que todos codician.

Índice de contenido

1. Año 1199
2. Año 718
3. Año 1199
4. Año 2020
5. Año 1200
6. Año 718
7. Año 1201
8. Año 2020
9. Año 718
10. Año 1203
11. Año 2020
12. Año 1207
13. Año 718
14. Año 1207
15. Año 2020
16. Año 1207
17. Año 718
18. Año 1208
19. Año 2020
20. Año 1208
21. Año 718
22. Año 1208
23. Año 2020
24. Año 718
25. Año 1209
26. Año 2020
27. Año 718
28. Año 1209
29. Año 2020

30. Año 1209
31. Año 718
32. Año 2020
33. Año 1209
34. Año 718
35. Año 1209
36. Año 2020
37. Año 1209
38. Año 718
39. Año 1209
40. Año 2020
41. Año 1209
42. Año 718
43. Año 1209
44. Año 718
45. Año 1209
46. Año 718
47. Año 1209
48. Año 2020
49. Año 718
50. Año 2020
51. Año 1211
52. Año 2020
53. Año 718
54. Año 2020
55. Año 1211
56. Año 2020
57. Año 718
58. Año 2020
59. Año 1211
60. Año 2020

61. Año 718

62. Año 2020

63. Año 1211

64. Año 2020

65. Año 718

66. Año 1212

67. Año 2020

68. Año 718

69. Año 2020

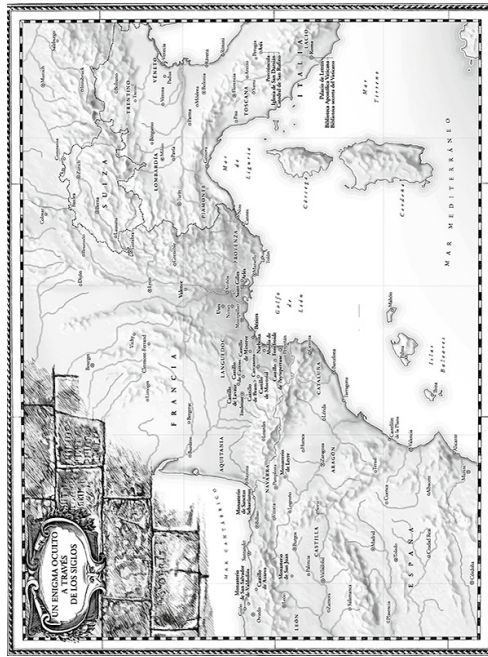
Nota del autor

Agradecimientos

Sobre el autor

*A mi padre, que me enseñó con su ejemplo que la tolerancia es
la piedra sobre la que se construye un mundo mejor.*

*A Karmele, que sujeta mis pies en el suelo mientras deja que
vuele mi imaginación.*



1

Año 1199

El abad Guy Paré miraba hacia la oscuridad del mar mientras su ira crecía como la marea. Había llegado justo a tiempo de ver saltar a Jean y aún no entendía cómo alguien podía arrancarse la vida de aquella manera. Ni el miedo a la tortura lo justificaba. Escuchó el sonido de las gaviotas que parecían reírse de su infortunio.

Se volvió hacia el sargento templario y ordenó a gritos que buscara al maldito caballero negro. Solo él podía tener la reliquia, era la única explicación aceptable para Guy Paré. Su esperanza estribaba en que había observado que Jean no llevaba su hatillo.

Dejó a dos hombres al borde del mar por si aparecía el cuerpo de Jean, aunque el océano embravecido no presagiaba que eso fuese a suceder pronto. Anotó en su cabeza la necesidad de rastrear la costa en su busca y regresó a la iglesia para supervisar el trabajo de los templarios. Eran buenos guerreros; si el caballero negro aún estaba allí, lo encontrarían.

El sargento se acercó en cuanto lo oyó llegar, negando con la cabeza.

—No hay rastro y las pisadas son confusas. Tal vez sea mejor esperar a la mañana; con la luz del día quizá encontremos alguna pista.

—No —respondió Guy Paré con gesto cortante—. Dejaremos la iglesia para mañana, pero la noche es larga aún. Quiero que busquéis casa por casa. Puede que se esconda

en alguna de las inmundas chozas de pescadores que atestaban este poblado.

El sargento templario asintió malhumorado. No solo se había visto obligado a acompañar a aquel abad déspota enviado por Roma a perseguir fantasmas, sino que ahora tenía que entrar en las casas como un vulgar alguacil. Recordó a su compañero muerto y se olvidó del abad. Aquello requería venganza y él la encontraría. No, no se trataba de fantasmas.

Dos días más tarde del salto de Jean al mar, el prior del pequeño monasterio de Sanctus Sebastianus respiró aliviado. Una sonrisa de placer, que tardaría en desaparecer, se extendió por su semblante mientras veía alejarse al abad Guy Paré con el grupo de amenazantes caballeros templarios.

Su rostro recuperó la seriedad y negó con la cabeza para sí mismo. Los templarios no eran monjes, sino soldados. Se habían convertido en un ejército implacable y, aunque ayudaban a los peregrinos, su deseo oscilaba entre alcanzar poder y dinero o viajar a los Santos Lugares en busca de fama o de una muerte horrorosa.

Él era de otra pasta, un hombre de Dios que había aceptado su destino en aquella esquina del mundo, deseo de dedicarse a sus oraciones y poco interesado en la política. Sin embargo, ahora se veía empujado a hacerlo.

Mientras sus incómodos huéspedes se marchaban levantando una nube de polvo, reflexionó en silencio sobre lo que había observado durante aquellos días. Primero, la llegada de Guy Paré en busca de alguien o de algo, una búsqueda que se había tornado desesperada. Luego, su ira creciente y sus discusiones cada vez más agrias con el sargento templario, las cuales le habían proporcionado indiscretamente toda la información necesaria.

El prior no tenía todas las piezas, pero no era necesario. Mandaría un mensaje a Leyre. Arnaldo sabría lo que había

que hacer.

Observó el polvo posándose en el camino, parecía que aquellos visitantes incómodos nunca hubieron existido. Se volvió y regresó al monasterio, a su apacible vida monástica.

Arnaldo, abad de Leyre, cerró los ojos, bajó la cabeza y con los dedos índice y pulgar masajeó el nacimiento de su nariz en un gesto de preocupación, incluso de malestar. Las noticias que llegaban desde el monasterio de Sanctus Sebastianus le habían helado el corazón, no tanto por lo que decían, sino por lo que podía deducirse de ellas.

El caballero negro había fracasado.

Arnaldo presagiaba que aquel joven alegre y testarudo que le había servido con fidelidad y al que había acabado por coger cariño ya no caminaba entre los vivos. No podía saberlo con certeza, pero lo sentía en sus cansados huesos.

Lo que sí sabía con seguridad es que ya no quedaban monjes blancos con vida. El prior de Sanctus Sebastianus había escuchado al sargento narrar con satisfacción la muerte del último de ellos y había observado el orgullo del que había hecho gala por haber acabado con, según él, aquellos seres demoníacos.

Una lágrima se deslizó por el rostro del viejo abad, que se sorprendió de que aún le quedara alguna. Recordó a fray Honorio. A pesar de los años que había pasado en Suntria, la profunda amistad que habían labrado en su juventud había permanecido inalterable. Era hombre de pocas palabras, pero su inquebrantable fidelidad y su dedicación a su misión serían algo que echaría de menos el resto de su vida. Arnaldo apartó los recuerdos y trató de aliviar su pena concentrándose en el presente. El consuelo que le quedaba era que, pese a la satisfacción del templario, Guy Paré no parecía compartir su emoción. El prior lo habría definido como frustrado y colérico. Había estado a punto de

capturar a Jean, a quien, según el prior, el caballero negro intentaba proteger.

Lo que había helado el corazón de Arnaldo y volvía una y otra vez a su mente era la escena que el prior le había trasladado, con Jean lanzándose al mar para huir de Guy Paré. La esperanza era magra, pero la búsqueda por parte de Guy Paré del cadáver de Jean y del propio caballero negro había sido infructuosa. Guy Paré parecía creer que este último seguía con vida, pero Arnaldo no compartía esa visión. Habían pasado semanas y el caballero negro no había regresado ni había enviado mensaje alguno. Arnaldo había vivido lo suficiente para saber que la esperanza era un juego de la mente que trataba de negar las malas noticias.

Además, tenía información de la que Guy Paré no disponía. Gracias a sus monjes y a los ojos y oídos que conservaba a ambos lados de los Pirineos, había podido reconstruir los últimos pasos de Jean y Roger, su huida hacia el este, la herida de Roger, la separación de los dos hombres y el acto final de Jean. ¿Llevaba consigo la reliquia? ¿La había escondido antes? ¿La llevaba Roger? Lo que estaba claro era que Guy Paré no la tenía en su poder.

Quizá se hubiese perdido para siempre. Conocía la historia de la reliquia y a quién había pertenecido y en muchas ocasiones había deseado que jamás hubiese existido. Bien sabía que los hombres no eligen su destino, solo lo afrontan como mejor saben. Pero a Arnaldo se le escapaba un detalle: ¿para qué servía la reliquia? Si el apóstol Santiago o alguno de sus seguidores lo habían llegado a saber, aquella información se había perdido en la niebla del pasado. Y, sin embargo, Arnaldo tenía una sospecha.

Recordaba un pasaje de la Biblia que leía a menudo, Ezequiel 28:13. Si estaba en lo cierto, la reliquia podía ser una de las piedras preciosas que Dios le había quitado a Lucifer cuando este había caído en desgracia y que permitían abrir el arca de la alianza y proteger al portador de su poder de destrucción.

Pero aquello no era más que una suposición fruto de la imaginación de un hombre viejo y derrotado.

Arnaldo meditó sobre qué hacer a continuación. Mandaría a sus hombres a buscar a Roger, seguirían sus pasos hasta descubrir la última pista que pudiera existir.

Tenía todo el tiempo del mundo. Guy Paré había decidido regresar a Roma y allí no lo esperarían con los brazos abiertos. Roma no toleraba fracasos. No pudo reprimir una leve mueca de satisfacción, no deseaba estar en el pellejo del abad de Citeaux.

2

Año 718

Aquel hombre sabía que iba a morir.

El abad Bernardo ya no recordaba a cuántos había acompañado en su misma situación. Todos, hombres o mujeres, viejos o jóvenes, ricos o pobres, le habían rogado con sus miradas febriles y sus ojos sanguinolentos que hiciera algo por ellos, empujados a la muerte por aquel castigo divino.

Bernardo retiró la sábana que cubría el cuerpo de quien antaño había sido un hombre poderoso, el señor de Abella. Observó con pesar los inmensos bubones en sus axilas y en sus ingles, que supuraban por llagas abiertas. Los dedos de las manos y la nariz ennegrecidos y el pestilente olor de sus deposiciones completaban un cuadro que pocos hombres hubieran soportado.

Meditó unos instantes sobre si merecía la pena sajar los bubones para extraer la inmundicia que asolaba el cuerpo, pero desistió. Nada de todo aquello cambiaría el resultado final.

El señor de Abella levantó una mano pidiendo agua y le asaltó un acceso de tos. La sangre y la bilis salpicaron la cara de Bernardo, que se mostró impasible a pesar del grito ahogado de la sirvienta, que contemplaba la escena a prudente distancia.

El ataque de tos continuó mientras Bernardo sujetaba la frente del enfermo y vertía agua en pequeñas cantidades

sobre una boca negra de la que surgía el fétido aliento de la muerte.

Recordó que así había sido el suyo dos años atrás, cuando había creído morir. La divina Providencia había salvado su alma y lo había hecho inmune a la plaga. Ahora agradecía a Dios el regalo del que había sido destinatario ayudando a otros con menos suerte allí donde nadie más quería acudir.

El otrora orgulloso señor de Abella exhaló su último suspiro y Bernardo se levantó, cansado, tras cubrir el cuerpo con la sábana. Negó con la cabeza hacia la sirvienta, que no derramó lágrima alguna. En aquella esquina del mundo, la muerte se había convertido en una rutina y no quedaban lágrimas que verter. Bernardo rezó en silencio una oración por el alma del desdichado.

—Avisa a sus familiares —dijo cuando hubo terminado.

—No queda nadie a quien avisar —respondió la sirvienta con mirada triste—. Los que no murieron han huido. Solo yo...

Interrumpió su frase y se quedó mirando el cuerpo cubierto por la sábana. Bernardo sonrió con pesar a la mujer. Solo el amor, aunque fuese silencioso, podía vencer el terror que causaba la peste negra.

Bernardo salió de la habitación. No había nada que añadir, ni consuelo posible. Recorrió los pasillos del castillo, las ratas se cruzaban en su camino. Sentía una opresión en el pecho, como cada vez que veía a alguien morir; necesitaba salir al aire libre o acabaría vomitando.

Atravesó las abandonadas calles, donde solo las cruces blancas en las puertas de las casas se atrevían a saludar su paso. Olió el dulzor de las hierbas aromáticas que los ya escasos pobladores calentaban para ahuyentar inútilmente la epidemia. Escuchó, al fondo del pueblo, el ruido de las carretas que retiraban los cuerpos de los muertos que serían enterrados con rapidez, casi con vergüenza.

Al cruzar la plaza, se topó con un grupo de hombres y mujeres que caminaban silenciosos, con la espalda descubierta y con llagas ocasionadas por los látigos que utilizaban para infligirse daño con la vana esperanza de purgar sus pecados y que el Señor se apiadase de sus almas.

De regreso al monasterio, Bernardo se encontró con Anselmo, el prior.

—¿Ha muerto, abad Bernardo?

—Que en paz descanse —respondió este con voz cansada.

—¿Qué haremos ahora? ¿Quién nos protegerá?

Bernardo miró a Anselmo con dureza.

—Dios lo hará —respondió molesto.

—Dios... nos ha abandonado.

—¿Por qué dices eso, hermano Anselmo?

—Jeremías.

Bernardo no necesitó más información. Una oleada de angustia lo recorrió. Convivía con la enfermedad a diario, pero cuando afectaba a alguien tan cercano como el hermano Jeremías, todo era diferente.

Eran tan pocos.

Solo media docena escasa de monjes había sobrevivido a la peste y el abad Bernardo sentía que su misión estaba a punto de fracasar. Dos años antes había sido nombrado abad de aquel remoto monasterio de las montañas astures y sobre sus hombros había recaído la responsabilidad de custodiar aquel extraño objeto.

La reliquia de Santiago, traída por el apóstol hasta aquel remoto confín del mundo... ¿con qué objeto? Nadie parecía saberlo, pero Bernardo tenía otras preocupaciones más inmediatas. Debía hacer algo para evitar que la congregación desapareciera y, con ella, aquel legado de Jesucristo.

Tenía mucho en que pensar.